

VIII

Una docena justa de sonetos, pues sin duda en América se expenden los sonetos por docenas lo mismo que los huevos acá; una docena justa de sonetos con su numeración seguida, exhibe don Roberto Brenes en *Cuartillas*, en la consabida revista costarricense.

¡Y qué sonetos!

El primero comienza así:

«De *tupidas* clemátides *coquetas*  
Con jazmines en *plácido* connubio  
Como de copos *blancos* un *diluvio*  
*Cobija* el verde zarzo de *mosquetas*...»

De donde se deduce que el autor no sabe á punto fijo lo que es *zarzo*, ni lo que es *cobijar*, ni lo que es *diluvio*...

¡Mire usted que *cobijar* un diluvio!... ¡Y *cobijarle* un zarzo precisamentel...

Lo que sí sabe el autor es poner un mote á cada cosa; y á alguna dos, como á las clemátides, que las llama coquetas—¡pobres clemátides!—y tupidas.

Y sigue:

«En su redor las *cándidas* violetas...»

¡Hombre! ¿Las violetas *cándidas*?

No es imposible que lo sean, porque el cultivo puede cambiar el color á las flores...

Pero lo ordinario es que las violetas no sean blancas, sino del color á que han dado su nombre: del color que se llama *violeta*.

¿Será que tampoco sepa el autor lo que es *cándido*?

«En su redor las *cándidas* violetas  
Vertiendo están su virginal efluvio,  
Y entre *chiritas*...»

¿Y qué son *chiritas*?

Aquí ya no es el sonetero por docenas quien no sabe lo que son las cosas; soy yo, francamente, que no sé con qué se come eso, ni si es carne ó pescado.

«Y entre *chiritas* de penacho rubio  
Las orquídeas adornan las glorietas.»

Bueno. Aunque con trabajo, y quedándonos con la curiosidad de saber lo que son *chiritas*,

hemos salido de los cuartetos del primer soneto docenil del señor de Brenes.

Los tercetos son de esta facha:

«Allí está el aire de perfumes *lleno*  
Y *saturado* de *inmortal* frescura...»

Al revés me la vestí;  
Por eso la traigo así...

Quiero decir este refrán, que el señor Brenes usa al revés los adjetivos *lleno* y *saturado*, empleando el primero donde podía haber empleado el segundo, y empleando el segundo donde podía, menos impropriamente, haber empleado el primero, por ser más general, y por ser más extensa la escala de sus acepciones.

Podría pasar que se dijera que el aire está *lleno* de frescura, en el sentido de que es fresco todo el aire.

Mas en cuanto al *saturado*, ya no es lo mismo, porque este adjetivo tiene significación más determinada.

Se puede decir que el aire está *saturado* de perfumes, pero no que está *saturado* de frescura. Porque la frescura, aunque sea *inmortal*, como quiere el señor Brenes, no es más que la disminución del calor; y como esta disminución no tiene límite conocido, no hay saturación posible.

Vaya usted á saber hasta dónde puede llegar la *frescura* de los hombres políticos, por ejemplo.

O la de los malos poetas.

«Allí está el aire de perfumes lleno.  
Y saturado de *inmortal frescura*;  
Todo es allí *letífico y sereno*.  
(¿*Letífico y sereno*? ¡Buena, bueno!)  
¡Si alcanzase, abrazado á una *hermosura*  
(*Impureza se llama esta figura*),  
Hollar del zarzo el *aromoso seno*,  
Sería mi santuario de ternura!»

Pero, ¿quién sería ese santuario de ternura? ¿El zarzo? ¿Y qué zarzo es ese que tiene un *aromoso.. seno*? ¿Tiene también *coseno*?...  
A-ro-mo-so-se-no... *soseno*...  
¡Qué afán de amontonar *sosadas*!

En el segundo soneto de la docena el poeta, llamémosle así, me parece que habla con la luna.

Mas como no lo dice al principio, ni después tampoco, se tarda en saber, y hay que leer el soneto dos ó tres veces sin entenderle, antes de llegar á vislumbrarlo.

Figúrense ustedes que se encuentran una docena de huevos en la cesta, digo, una doce-

na de sonetos *En la floresta*, y debajo de este título, una dedicatoria: *Al distinguido poeta don Justo A. Facio*, que ni siquiera como mal poeta es muy distinguido, pues apenas se distingue del autor de estos sonetos adocenados...

Figúrense ustedes que leen el primero de los sonetos, que habla de las *clemátides tupidas* y *coquetas* en *connubio plácido* con los *jazmines*, diluvio de copos *blancos* cobijado por el *zarzo verde* de *mosquetas* y rodeado de *violetas candidas*, entre *chiritas*; cuyo zarzo, como diría cualquier académico, tiene un *seno aromoso*, que el autor desea hollar con intenciones pecaminosas...

Figúrense ustedes, que debajo de este soneto primero, y sin más título que el general de la nidada, se encuentran con este número romano II, y en seguida empiezan á leer:

«¡Cuán bella asomas en la *azul colina*  
Presta á tender los *argentados* *trajes*!...»

No niego que pueda ser la luna; pero lo mismo puede ser la doncella de servicio de una casa de campo, que sale al balcón á sacudir el polvo á los *trajes* de la señora.

Y aunque luego hay otro verso que dice:

«Rodando como *perla majestuosa*,»

tampoco esto es bastante para deshacer la con-

fusión; porque si la doncella no rueda, á no ser en sentido figurado cuando va recorriendo muchas casas, tampoco vemos rodar á la luna.

Ni casi á las perlas... *majestuosas*. Porque como valen dinero, no se las suele echar á rodar á menudo.

Bueno: el caso es que en este segundo soneto es *azul* la colina, *argentados* los trajes, *magníficos* los paisajes, *melancólica* la luz que los ilumina, la cabellera *diamantina*, *espléndidos* los encajes, *pálidos* los follajes, y la lluvia... *crystalina*, todo porque al autor le da la gana de hacerlo así, mas no porque Dios así lo haya criado.

Porque lo que es la *cabellera diamantina*, me parece que no la ha criado Dios, sino el señor Brenes.

«Como tu cabellera *diamantina*  
Cual formada de *espléndidos* encajes...»

¿En qué quedamos?—dirán ustedes:—¿en el real ó en los ocho cuartos?

Ó como si dijéramos: ¿Es de diamante, ó es de encaje la cabellera?...

Los tercetos salen así:

«Rodando como perla *majestuosa*  
Hacia el *fondo* turquí del *hondo* espacio...»

¡Anda, salero! Hacia el *fondo* del *hondo*. Lo

mismo que el autor de las *Colombinas con ilustraciones*... Los *genios* se copian sin saberlo. Vamos, coinciden en decir las cosas mal.

«Rodando como perla *majestuosa*  
Hacia el *fondo* turquí del *hondo* espacio,  
Semejas una lágrima amorosa  
(*Lágrima, si es la luna, prodigiosa*)  
¡Ay! si á la luz de tu reflejo lacio  
Errase en este bosque con mi hermosa...»

¡Ya pareció aquello!..

¿Cómo había de faltar la hermosa?..

Y ahí tienen ustedes á un hombre que desea *errar*... y lo consigue.

¡Vaya si lo consigue!

Si no en el bosque, por lo menos en los sonetos.

El tercero es de ondas... *esplendentes*... y *opalinas*, pues no estaba bien que las ondas se quedaran con un solo epíteto.

Porque también el sol, que viene en seguida, es *puro* y *radiante*.

Véase:

«De ondas *esplendentes* y *opalinas*  
(*Si no dices de jondas, desafinas*)  
El *puro* sol como *radiante gema*...  
(*¿Gema?... Bien... Cada loco con su tema*)

Cual cascada de risas argentinas  
 (¡Cáscaras! ¡Qué cascada!... ¡Cascarinas!...)  
 Rompió del bosque la quietud suprema  
 (¿Quién la rompió?... ¡Bah! Dígalo y no tema)  
 Y vi vestidas de amarillo crema  
 (Mal gusto: es el color de la postema)  
 Dos jóvenes hermosas y divinas.»

¡Caracoles! ¿Dos? ¡A que nos va á resultar mormón este hombre!...

¿Y luego hermosas... y además de hermosas, divinas?...

Podía haber comenzado por llamarlas divinas, y ya no necesitaba decir que eran hermosas, porque baza mayor quita menor, como suele decirse.

Mas era el caso que sin los dos adjetivos no había verso...

Y continúa el hombre:

«A verlas abrazadas y tan solas  
 Despacio andar por el sendero estrecho...»

¡Hombre, no! Si cabían las dos abrazadas, no era tan estrecho el sendero.

¿Qué más anchura quiere usted en un sendero que la necesaria para que pasen á la vez dos personas? Lo ordinario es que no pueda pasar más que una; y lo que es si cupieran más de dos á un tiempo, ya no sería sendero, sería camino.

Verdad es que el primer verso del terceto segundo acaba en *pecho*, y por eso el sendero tuvo que ser *estrecho*, porque si no, no había consonante.

Soneto IV:

«Ostentaba en los bosques el rocío  
 Trocatintes cambiantes y diversos...»

«Trocatintes... cambiantes...» y además «diversos...»

¡Combinación más rara!

«Bulliciosos los pájaros, sus versos  
 Modulaban...»

¡Pobres pájaros! ¡Levantarles el falso testimonio de que modulan versos!...

Y apuradamente, aunque los modularan, no los modularían peores que los de autos.

«Bulliciosos los pájaros, sus versos  
 Modulaban en tierno murmurio.»

¡Hombre!... ¡Murmurio?... Verdad es que para servir de consonante á *rocío*, por fuerza tenía el murmurio que ser *murmurio*.

Aunque lo mismo podía el autor haber cometido algún *perjurio*; lo cual hubiera sido tan mal *augurio*, como tener un hijo *espurio*...

Vaya, que dicen estos poetas cada disparate que tiembla el *misterio*...

«Amaneció, y hacia aquel zarzo *umbrío*  
(¿Otra vez aquel zarzo? ¿Hay otro *Ho?*)  
Marchaba por entre árboles *dispersos*  
(¿*Dispersos?*... Sí, por *concertar con versos*)  
La joven de ojos vívidos y *tersos*...»

Sí: á la joven la estaba yo viendo venir.  
Sólo que no creía que se viera usted obligado á ponerla los ojos *tersos*.

¿Sabe usted que estará graciosa?

Con los ojos *tersos*... y luego vestida de amarillo, pues dice que

«Era su traje de color de gualda...»

Soneto V:

«Sí, son tan rubios sus cabellos finos  
Como las hebras del *elote* en cierna  
Y *ocultos* hay en su mirada *tierna*  
Reflejos y fulgores *diamantinos*.»

Y si están ocultos, ¿cómo los ha visto usted?...

Bueno, adelante:

«*Sarta*, es su voz de *melodiosos* trinos,  
Con el *banano* su esbeltez alterna,  
Y hay en su firme y escultórica pierna...»

¡Jesús! ¡Qué porquería!...

¡Pero don Roberto! ¿Le parece á usted que está bien ni medio bien desnudar así á una muchacha delante de la gente?

No le sigo á usted, porque sabe Dios á dónde irá usted á parar, y salto al soneto número 6, que dice:

«La luna llena cual *dorado* globo...»

Lo cual prueba que, si no es poeta, es dorador el señor Brenes, porque hace un momento la luna era plateada ó *argentada*, y ahora ya la ha dorado.

«La luna llena cual *dorado* globo  
Iba ascendiendo en el azul *tranquilo*,  
El *céfiro* con *lánguido* *rehilo*...

(¿*Rehi*... qué?... ¡*Brillante estilo!*)

Mecía en el jardín el alto *pobo*.

(¡*Vamos, me quedo bobo!*)

Tendido en las retamas de un escobo

(*Parecería un lobo*)

Pocos momentos *la* esperé *intranquilo*

(*Yo sí que estoy en vilo*),

Y al mirarla llegar *mi refocilo*

(*Corren aquí las... gracias hilo á hilo*)

Tornóse al punto en *indecible* *arrobo*.»

Todos los *arrobos* son *indecibles*, porque si no lo fueran, no serían *arrobos*.

Siga usted:

«Me dió la mano *temblorosa* y *fria*...»

Bien: la mano puede pasar. Pero cuidado no meta usted la pata, ó mejor dicho, no saque usted la pierna, como antes...

«Me dió la mano temblorosa y fría  
Por la emoción de su *sin par* cariño...»

¿*Sin par*, de veras? ¿No tiene par su cariño en el de usted? ¡Ingratón! ¿Por qué no la quiere usted otro tanto?

«Me dió la mano temblorosa y fría  
Por la emoción de su *sin par* cariño.  
Yo la besé inundado de alegría...  
(¡Vaya!... me lo temía...)  
Y de mi alma, como de un *escriño*...»

¡Hombre! Me gusta la comparación...  
Por supuesto, que si la hubiera hecho otro; si otro hubiera llamado al señor Brenes alma de *escriño*, ó de *escreño*, que es como más comúnmente se dice, se hubiera enfadado. Pero como es él quien compara su alma con un *escreño*, no habrá de quejarse.

¡Qué ocurrencia más peregrina y más original!

«Y de mi alma, como de un *escriño*,  
Sólo brotó el joyel que contenía...  
(¡Ay, Dios! ¿Qué brotaría?...  
Alguna tontería...)  
Un «te amo» en una lágrima de niño.»

El sétimo... no hurtar.

«La *barbacoa* de colgantes flores...»

Bueno: yo no sé lo que es la *barbacoa*, pero es lo mismo. Basta saber que tiene flores *colgantes* y que está.

«Inundada de *mágicos* aromas.»

Poco después van el poeta del *escreño* y su amiga

«Juntos los dos gustando los olores  
De las vecinas...»

No crean ustedes que se trata de las vecinas de la casa, pues en este caso no sería muy de envidiar el gusto. Se trata

«De las vecinas *perfumadas* pomas»,

que naturalmente habían de ser *perfumadas* para que el poeta y su amiga gustasen sus olores.

Ahora verán ustedes lo que hacían *juntos los dos*:

«Mirábamos cual gotas *policromas*  
Puro rocío destilar *fulgores*...»

¡Destilar *fulgores*!... Y luego, dos amantes, que son cual gotas *policromas*...

Porque el *cual* viene inmediatamente después de *mirá*bamos, y á los amantes tiene que referirse, á pesar de que las *gotas policromas* no miran...

«Mirá**ba**mos cual gotas policromas  
Puro rocío *destilar fulgores...*»

¡Vamos!... que no lo entiendo.

«Luego, en el cáliz de un clavel *fragante*,  
Fuí recogiendo las *rodantes* perlas,  
Ya transformadas en licor *temblante...*»

No hay cosa más fácil que versificar así.  
Lo que rueda, *rodante*; lo que tiembla, *temblante*; lo que cansa, *cansante*...  
Y aun así, no sabe hacerlo bien el señor Brenes, porque el último renglón de este soneto,

«Que, pudorosa, me sonrió al beberlas»,

no es verso ni cosa que lo valga.

Porque *son-ri-ó* tiene por sí solo tres sílabas, y no se puede hacer que tenga solamente dos, como era necesario para que eso fuera verso endecasílabo.

Y menos uniéndose el artículo *al* por *sina-lefa*.

Vamos, si no, á ver quién pronuncia en dos

sílabas todo esto: *sonrió al*. Dos consonantes y tres vocales en una sola sílaba.

Todos los demás sonetos de la docena son así, como suelen ser la mayor parte de los versos americanos.

Defectuosos y pobres en la forma, cubiertos de epítetos extravagantes, á manera de falsa pedrería.

Eróticos en el fondo hasta el fastidio; verdes, de un verde subido, subido hasta los lindes de la asquerosidad.

Yo creo que á estos *poetas* intertropicales se les figura que no hay para el alma otra delicia mayor que el manoseo de la carne desnuda, ni para la poesía más digno asunto que la descripción minuciosa y enlodada de esas miserias de la vida.

A esa tarea vil se dedican con empalagosa constancia; en ella gastan sus nobles facultades alardeando y mostrándose orgullosos de poder desempeñarla de ciencia propia, sin advertir ¡infelices! que esa ciencia está al alcance de todas las fortunas, pues hasta los pobres soldados hallan esas gangas si las buscan, y aun sin buscarlas á veces las encuentran.

Pero ¿qué digo los soldados, que al fin son hombres, aunque á veces por el trato que reciben no lo parezcan?...

Hasta los bichos más ruines de la creación



disfrutan de esos *refocilos*, que diría el señor Brenes, el de la *pierna*.

Lo cual debiera bastar para que los hombres, lejos de entretenerse en cantar y ensalzar esas bajezas, escucharan avergonzados el versículo del Profeta-Rey: *Nolite fieri sicut equus et mulus, quibus non est intellectus* (1), y recordaran el hermoso terceto de Rioja:

«Esta nuestra porción alta y divina  
A mayores acciones es llamada  
Y en más nobles objetos se termina.»

(1) Psalm. XXXI, 9.

## IX

«*Verbos y gerundios* no es un catecismo de gramática para la escuela, sino un precioso tomito de poesías del simpático escritor peruano Ricardo Palma.»

Con esta advertencia, que no puede ser más oportuna, empieza un prologuín de veinte renglones, que al libro de versos aludido en ella puso un amigo del autor, Carlos Augusto Salaverry.

Oportuna he llamado á la advertencia que encabeza el prólogo, y aún temo no haberla hecho justicia por no haberla llamado necesaria, puesto que sin ella nadie creería encontrar detrás del título de *Verbos y gerundios* una colección de poesías.

—¿Poesías?—me parece oír que pregunta algún lector de los más escamados.

—Bueno, hombre: hay que ser tolerantes con el modo de hablar usual y corriente.

Y luego... no se vaya á creer que el señor